

Cuando no había ningún tenderete por las calles y el comer, yendo por ellas, se consideraba feo, se empezó a poner algún puesto en la plaza, con galguerías para los chicos, los domingos por la tarde.

Uno era el de la «Sorda» de las agallas, en la puerta del Juzgado de Paz—¡qué hermoso nombre tenía aquel Juzgado!—frente a «Cobete» y el «Corneta».

Las agallas eran bolillas de masa de pan, tostadas, como cagarritas de oveja, bañadas de miel, y puestas sobre un trozo de papel verde o encarnado, en número de cinco o seis, que costaban una perrilla.

La «Sorda» era muy vieja y permanecía sentada en una silla baja junto a la mesa, de la misma altura que la silla y de una vara de larga, llena de papeles sujetos con cantos. Siempre estaba callada y con el mosquitero en la mano. El mosquitero consistía en una moña formada con tiras de papel y atada a una caña. Su uso era indispensable, porque las moscas se ponían muy pesadas alrededor de lo «duz».

El otro y más notable puesto, era el de la María Manuela, con mesa más alta y grande, de

lo menos vara y media de larga y con mejor surtido. Además de las agallas, tenía chupones, anises, cajillas del ratón y el gato, duros de plattilla, caballejos y muñequillas de cartón, pande-retas de dulce y pan de higos.

Era una mujerona, de buen trato, con ojos de buen trato, con ojos de buen trato, con ojos de buen trato. Permanecía sentada detrás de la mesa en la acera de su casa, junto al estanco, con el mosquitero en la mano y entretenida con alguna vecina, pues aquella mesa tuvo siempre una especial atracción para todo el mundo, y la María Manuela condiciones comerciales que es lástima no desarrollara ampliamente.

En el invierno ponía una caldereta de tostar castañas en la puerta de su cuarto de la esquina de las «Cristas», la Luisa la «Peina», alta, seca, atildada y de buenas despachaderas. Juan «Marica», que también hacía lo mismo en su puerta del Cristo y también tenía carbón, decía que como sus castañas no había otras, pero la Luisa se reía, porque ella tenía lo que pudiera tener Juan y además sus pelendengues, que tal vez fuera lo que le inducía a Juan a hablar de sus castañas por lo bajinis.

Puestos de los domingos



Cuartero había comprado un gorrino para pagarlo al año.

Al cumplimiento, se presentó el vendedor con la obligación. Cuartero lo recibió con su afabilidad característica y llamó a la mujer, diciéndole que se sacara los cuartos.

El vendedor dió un suspiro hondo, diciendo:

Como era difícil prescindir de las matanzas, otro año estaba Cuartero en la Plaza hablando de comprar un gorrino. Yo lo meto y dé a «onde» dé; decía.

—¡Ay, qué peso me quita Vd. de encimal.

Cuartero, sorprendido, preguntó la causa.

—Porque todo el mundo me decía que no me pagaría Vd.—dijo el gorrinero — y Cuartero volvió a ordenar a la mujer, calmosamente:

—¡Chica: No te saques los cuartos, que no vamos a ir contra lo que dice todo el mundo!



El zagalillo del gorrinero le hizo saber a su padre lo que había oído y cuando insistió en el precio de los gorrinos, el dueño se lo dijo, y agregó:—«Pero que en mí, no va a dar, hermano».

La voz del pueblo acatada

El matrimonio Petronilo Castellanos, tenían dos hijas y se le murió la mayor, de cinco años. La madre, con la pequeña en el halda, al manifestar su pena,

Sobresalto

se le ocurrió decir: «si al menos hubiera sido esta, que es mas pequeña». La miró y estaba también muerta.

A la madre la tuvieron que llevar al nuncio, donde falleció.